



Documento 4

Algunas “herejías” o desafíos a nuestra cultura de la fe¹

Nuestro mundo está en crisis (económica, cultural, moral, religiosa, crisis de fe, de Dios...) La crisis es un momento culminante y decisivo en un proceso que puede decidirse en direcciones incluso opuestas.

La expresión crisis de fe no es nueva. La teología habla de ella desde la última mitad del siglo XX. **La crisis de fe** se ha considerado desde diferentes perspectivas y se han señalado diferentes desafíos.

Ratzinger ha ido señalando

- **la comprensión de la Iglesia**, la pérdida del sentido auténticamente católico de la Iglesia
- **la crisis de Dios** que afecta no sólo a la reforma de la Iglesia sino a la verdad misma del cristianismo, a su misma pretensión de verdad en una sociedad postmoderna, post secularizada y postcristiana
- **la crisis de fe**: la pérdida del sentido religioso

La convocación del año de la fe responde a estas graves inquietudes o desafíos: *“Mientras en el pasado era posible reconocer un tejido unitario de la fe, ampliamente aceptado en relación al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas” (Porta fidei)*

Otros teólogos (Romano Guardini, Lyotard...) en los años 90 hablaban en relación a la crisis de fe de “herejía emocional”: el problema fundamental de la fe no es una herejía doctrinal o mortal sino un estado de ánimo generalizado, no sólo religioso, caracterizado fundamentalmente por el derrotismo, por percibir la insignificancia de la fe en la vida cotidiana del hombre concreto: *“la fe no corre peligro con una*

¹ Tomado de Cordovilla, A. *Crisis cultural* en Pliego de Vida nueva, junio 2013, nº 2852

interpretación equivocada del dogma, ni con un comportamiento moral deficiente, sino que... el peligro mayor deriva sobre todo del derrotismo religioso, que no otorga a esa fe energía alguna capaz de configurar vida en el futuro, a la vez que lo desconcierta en forma de crisis de desconfianza”.

Tras este análisis señalan un camino para superar este ofuscamiento de la vista, para salir de esta situación asumiendo el cambio histórico: volver a Jesús de Nazaret; y así la fe se hará más viva, eficaz y transparente

Karl Rahner, ya en plena celebración del Vaticano II se atrevió a ir más allá en el análisis de la crisis con su pregunta sobre la posibilidad de creer en Dios en nuestro mundo moderno, plural y democrático: ¿Sigue siendo la fe la posibilidad más radical y humana para el hombre, precisamente en el momento en que éste parece alcanzar sus deseos por caminos más mundanos y secularizados? Su respuesta es clara: la fe es posible, con honestidad humana e intelectual, como decisión personal ante el Misterio Incomprensible que llamamos Dios,

El cuestionamiento de Rahner, la posibilidad de la fe supone un cambio de paradigma: la fe ha dejado de ser una realidad pacíficamente asumida desde la que nos preguntábamos extrañados por el ateísmo y la indiferencia. Hoy el fondo común y la mentalidad dominante es la increencia, y lo que se cuestiona precisamente es la fe en Dios, no un contenido determinado, sino su verdad y posibilidad misma para el ser humano. Y lo que es más difícil de atajar: algunas veces esta increencia se hace de forma explícita, atea agresiva, pero la mayoría de las veces, y mayoritariamente se trata de la asunción de estos principios de forma inconsciente, implícita e indiferente: es una atmosfera, un ambiente, un aire que se respira de no posibilidad...

La pastoral y la teología de la segunda mitad del XX se ha volcado en mostrar de forma real y concreta esta posibilidad de la fe como realización plena del ser humano y no como un camino alternativo a su humanidad, que resulta, en el fondo, alienador de su ser; como compromiso radical por la justicia y no un sucedáneo de ésta; como servicio ciudadano en una sociedad democrática y plural y fundamento del obrar moral del hombre ante los demás, no como excusa para eludir responsabilidades comunes con todo ser humano.

Quizá por la excesiva acentuación en las aplicaciones prácticas, históricas de estas afirmaciones se ha ido produciendo lenta e imperceptiblemente una pérdida, en la comprensión de la fe, de su dimensión espiritual y religiosa más genuina. De hecho la fe, en su dimensión más religiosa y teológica, ha dejado de ser el suelo vital, el fundamento existencial y el horizonte de sentido. Al menos como una fe consciente, razonada, personalizada, asumida y explícita. La atención explícita a la fe en su dimensión religiosa, espiritual, teológica, no significa un repliegue sobre nosotros

mismos, sino una apertura más radical al Dios que se ha revelado en Jesucristo y se nos ha dado en el Espíritu.

En la actual crisis de fe hay algunos aspectos que se pueden señalar con preocupación:

- la comprensión de un Dios a-personal como energía del universo o aliento vital;
- una afirmación de la fe en la creación difícil de conjuntar con los datos que nos ofrecen las ciencias empíricas
- una confesión de la fe en Cristo más como Jesús de Nazaret que como verdadero Hijo de Dios encarnado
- la siempre difícil comprensión de la mediación eclesial
- la dificultad para afirmar una auténtica fe en la resurrección y en la vida eterna.

Por otra parte, surgen desafíos en las características de la cultura y sociedad hoy: sin ser precristianas, ya no son decisivamente cristianas sino postcristianas y en algunos casos anticristianas: en ellas, algunos quieren des-vincularse definitivamente de esta herencia, volviendo a un hedonismo y cinismo radical; otros permanecen en lo cristiano como valor occidental que hay que mantener frente a la agresividad del mundo islámico; otros siguen siendo tradicionalmente cristianos, pero de hecho viven en medio de la sociedad como si no lo fueran, dejando esta realidad para el ámbito de lo privado y familiar, sin capacidad ni brío para que esta forma de vida impregne de verdad la vida cotidiana donde se juegan las decisiones fundamentales..

¿Qué hacer ante esta situación? Ante este desafío que es totalmente nuevo, lo primero que hemos de hacer es reconocerlo y **de apostar sin saber del todo** no de forma inconsciente e irresponsable, sino “sabia” es decir con humildad y valentía; es tiempo de ir más allá, sin tener absoluta certeza de triunfo o de fracaso como lo hicieron en momentos de grandes crisis Benito de Nursia, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola... Ir más allá “a contracorriente” porque seguir el evangelio siempre pide conversión del corazón y de la cultura, pero en profunda sintonía con los deseos y anhelos más profundos de una época.

Tenemos que tener el coraje para arrostrar los valores, principios y las mediaciones evangélicas y eclesiales que son contraculturales, pero con la misma valentía y tenacidad hay que saber escuchar cuál es el latido concreto y profundo de los hombres de nuestro tiempo.

La nueva evangelización comienza, desde luego, como siempre, por la conversión y el encuentro personal con Cristo y el Evangelio pero tiene como desafío que este evangelio sea capaz de penetrar y ser decisivo en los nuevos areópagos o escenarios en los que se vive y juega la vida humana.

La fe en sí misma es crisis. No sólo provoca crisis para la cultura sino para la propia existencia personal. La fe pide ser vivida como una gracia que provoca a nuestra libertad para que, ante Dios y sólo ante El, nos decidamos.

La fe supone un salto, una ruptura arriesgada que afecta a la totalidad del ser; desenmascara la realidad superficial y ficticia en la que la persona o una sociedad, incluso religiosa, quiere instalarse. La fe es luz para penetrar en el ser de las cosas, para conocer causas y sanar realidades.

La fe es apertura radical a la realidad de Dios en el centro de la vida humana, donde el hombre libremente, en respuesta a la iniciativa de Dios, decide traspasar el centro de su ser de sí mismo a Otro, a esa persona en quien deposita su fe. Es una nueva forma de vida, *un traspaso de la existencia* de ser en sí y para sí, a ser en otro y para otro. La fe cristiana consiste **en ser en Cristo**, en la capacidad real de que uno pueda decir realmente de que el centro de su vida ha pasado a ser otro: Cristo; y desde él, los hermanos por los que murió Cristo.